

FLAVIO JOSEFO EN LA INTERPRETACIÓN DE ALGUNOS PASAJES EVANGÉLICOS DE LUCAS. EL CASO DE LC 14, 31-32

Joaquín González Echegaray
Instituto para Investigaciones Prehistóricas
inst.invest.prehistoricas@telefonica.net

RESUMEN

Este artículo pone en relación a Flavio Josefo y el Evangelio de Lucas, exponiendo sus paralelos y puntos en común.

PALABRAS CLAVE: Flavio Josefo. Evangelio de Lucas. Parábola.

ABSTRACT

«Flavius Josephus on the interpretation of some passages of Gospel of Luke. A case: Lk 14, 31-32». This paper links Flavius Josephus to the Gospel of Luke, showing the parallels between them and the points in common.

KEY WORDS: Flavius Josephus. Gospel of Luke. Parable.

Siendo Josefo un historiador del mundo judío y que escribe precisamente en el siglo I d. C., *a priori* puede ya adelantarse que el estudio de sus obras ha de tener una especial importancia en la correcta interpretación de textos bíblicos del Nuevo Testamento y particularmente de los evangelios. Ésta es una doctrina aceptada unánimemente por los estudiosos, pero su aplicación a los casos concretos puede ser un tema sometido a controversia, y, según nuestro punto de vista, sigue siendo aún hoy poco “explotado” o tenido suficientemente en cuenta en muchos estudios. Acerca de ello hemos escrito recientemente, tratando de abrir nuevos caminos o ir profundizando más a través de sendas ya conocidas (González Echegaray, 2012).

Particular relación de temas se ha señalado entre la obra de Josefo y el evangelio de Lucas. Es muy discutible que Lucas haya manejado alguno de los libros más tempranos del historiador, como *La Guerra Judía*, publicada ya en la década de los “setenta” del siglo I d. C. Aunque ello no es imposible, siempre resulta más fácil suponer que ambos, Josefo y Lucas, dependan de fuentes comunes hoy perdidas, tanto literarias como de tradición oral, referentes a ciertos acontecimientos históricos de la primera mitad del siglo I d. C., que tuvieron lugar en aquél país entonces conocido con el nombre genérico de Judea.



Un caso ya muy conocido y estudiado es el de la parábola evangélica del señor que se pone en viaje y deja a sus servidores una buena cantidad de dinero, para que negocien con él durante su ausencia (Mt 25, 14-30; Lc 19, 11-27). Es precisamente en la versión de Lucas donde se introduce el motivo específico que determina el viaje del poderoso magnate. Deja 10 minas de oro a sus esclavos domésticos, ya que trata de ir a un lugar lejano donde va a recibir el título de rey. Y aquí es donde se precisa recurrir a *La Guerra Judía* en el libro II, 1-111, para identificar a ese señor de la parábola, que no es otro que Arquelao, hijo de Herodes el Grande y hermano de Herodes Antipas, quien aparece perfectamente caracterizado en la breve narración de la parábola evangélica, donde se alude incluso a la comisión de ciudadanos desplazada al “lejano lugar” para exponer el rechazo de la población al candidato y la posterior venganza cruel de éste. Todo ello, como decimos, aparece ampliamente narrado y documentado en la citada obra de Flavio Josefo, en la cual se habla del viaje de Arquelao a Roma y de cómo Cesar Augusto, que le debe investir con el título de rey, recibe una comisión de judíos que protestan por el posible nombramiento y cómo al fin el título de rey se va a convertir solo en el más modesto de “etnarca de los judíos”, y la terrible venganza de Arquelao contra los notables de su pueblo cuando vuelva a Judea de su, tan solo semiafortunado, viaje a Roma.

UNA PAREJA DE BREVES PARÁBOLAS

Queremos centrar nuestra atención aquí en otra parábola, en este caso exclusiva de Lucas y una de las más breves, que juntamente con otra de parecidas características aparecen ambas en el capítulo 14 de su evangelio, al tratar el tema de la renuncia exigida al discípulo que pretende responder a la llamada de Jesús, lo que supone por su parte una responsable reflexión sobre las exigencias que implica el discipulado (Fitzmyer, 1986-2004). La primera de la pareja de parábolas (Lc 14, 28-30) se refiere a un hombre que pretende construir una casa lujosa. El texto habla de una torre (πύργος), término griego que en otras ocasiones designa edificaciones agrícolas, como la torre de una viña (Mt 21, 33; Mc 12, 1), pero que Josefo aplica a las torres de la muralla de Jerusalén, entre las cuales se hallaban las magníficas construcciones llamadas Torres de Hípico, Fasael y Mariamme, esta última dotada de elementos muy lujosos y “mucho más suntuosa y variada que las otras” (*Bell. Iud.* v, 171). Igualmente habla de la Torre Antonia en el ángulo noroeste del templo, “que presentaba el espacio y disposición de un palacio” (*Bell. Iud.* v, 241).

El propio Lucas parece referirse en otra ocasión con ese término a una de las torres de la muralla jerosolimitana (Lc 13, 4), la cual se vino abajo causando un estrago, aunque ciertamente no era una de las tres famosas citadas por Josefo. En el caso de nuestra parábola no se alude a muralla alguna, sino, independientemente de Jerusalén, a una construcción aislada, importante y costosa (Smith, 1937: 220). Probablemente se trataba de un palacio-fortaleza o castillo, puesto que el constructor debe responsabilizarse con un presupuesto previo, para no verse en el trance de tener que parar la obra, lo que serviría de burla a la gente que la contemplara a medio hacer y dijera: “Este hombre empezó a edificar y no pudo rematar la obra” (Lc 14, 30). En los libros de los Macabeos se citan también con la misma palabra (πύργος)



algunas de estas construcciones aisladas que se hallaban en el campo cerca de Ashdod (1Ma 16, 10), así como otras dos en la región de Idumea (2Ma 10, 18-23), donde se habían refugiado unos enemigos, cuyo número sobrepasaba el millar.

Parece oportuno recordar aquí que, siendo originariamente Jesús de Nazaret un constructor profesional, de acuerdo con el término griego ΤΕΚΤΩΝ que le atribuyen Mc 6, 3 y Mt 13, 55 (González Echegaray, 2001: 122-128), no puede sorprender que aparezcan en los evangelios varias alusiones a este oficio, puestas en labios de Jesús y prácticamente siempre utilizando el verbo οἰκοδομέω = *construir* (Mt 7, 24, 27; 16, 18; 21, 33 y 42-44; 26, 61; Mc 12, 1 y 10; 14, 28-30 y 58; Lc 6, 48-49; 14, 28-30; 20 17-18; Jn 2, 19). También son frecuentes, más de lo que tal vez cabría esperar, las alusiones evangélicas a elementos concretos y detalles en los edificios y casas, tema en el que evidentemente aquí no vamos a entrar.

Éste es el contexto histórico-ambiental de esta primera de la pareja de pequeñas parábolas de Lucas. Su contenido se refiere a la necesidad de que una obra seria de construcción requiera, como condición indispensable para su contrato, la confección de un presupuesto previo bien estudiado y ajustado. Una vez situada y encajada esta parábola, pasemos, pues, a la segunda, que es el objeto principal de este estudio. El texto es el siguiente:

O ¿qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que lo ataca con veinte mil? Y, si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz (Lc 14, 31-32).

El ambiente en que Lucas introduce esta parábola en su evangelio, aunque inserto ya en el viaje de Jesús a Jerusalén, todavía rebosa de recuerdos y alusiones a la Galilea, que ha sido hasta entonces el escenario de la misión. Muy poco antes, se alude en el texto a la figura del tetrarca Herodes Antipas, pues se dice que unos fariseos se acercaron a Jesús para decirle: “Sal y marcha de aquí, porque Herodes quiere matarte” (Lc 13, 31). Anteriormente ya se había referido el texto a la prisión y muerte del Bautista por orden del tetrarca (Lc 9, 7-9).

La cronología, a la que aluden los relatos evangélicos, ha de situarse hoy en día, tras los últimos estudios y discusiones al respecto, entre los años 29 y 30 d. C., el primero de los cuales podrá ser la fecha en que Juan el Bautista es arrestado y poco después ejecutado, y la segunda fecha corresponde con mucha probabilidad a la muerte de Jesús y, por tanto, al viaje de éste camino de Jerusalén con vistas a la celebración de la fiesta de la Pascua (Meier, 1997-2009: tomo I, pp. 379-413; tomo II, pp. 47-237).

La construcción de una torre es históricamente un hecho banal, que, por lo regular, no requiere un contexto especial para encajar el evento. Sin embargo, que dos reyes se enfrenten y salgan al campo de batalla con sus ejércitos es realmente un acontecimiento histórico importante, que puede tener además gran trascendencia para el futuro de un país. Por eso nos preguntamos si por aquellos años, en los que se sitúa la presentación de la parábola, hubo en la zona del Próximo Oriente alguna conocida guerra, de la que salió vencedor el monarca que contaba con un ejército muy superior al de su contrincante. Esto podría ser el motivo literario utilizado en la parábola para, mediante él, expresar su intención y contenido teológico. Y aquí es donde una vez



más recurrimos a Josefo, por si sus historias pudieran ilustrar nuestro caso, como en la ya citada parábola del magnate que se ausenta del país para recibir el título de rey.

LA APORTACIÓN HISTÓRICA DE JOSEFO

Flavio Josefo narra con mucho detalle los acontecimientos de la época en relación precisamente con la figura de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y autor de la muerte del Bautista. La narración está contenida en la obra *Antigüedades*, libro XVIII, y, para una lectura comprensiva, puede comenzarse en XVIII, 96 hasta su conclusión en XVIII, 126. De acuerdo con ello, aparece en el mapa de la región el siguiente panorama relativo a los personajes políticos del momento. En primer lugar tenemos a Vitelio, el gobernador romano de Siria, que desde el año 35 sustituye a su predecesor Pomponio Flacco. Esta provincia es el bastión más importante del imperio romano en oriente y cuenta con un ejército permanente de cuatro legiones, cuyo contingente, incluidas las tropas auxiliares, puede calcularse en unos 50.000 hombres, profesionales, bien disciplinados y dotados de toda clase de medios. El poderío de Vitelio tan solo contrasta con el de Artabano, el rey de los Partos, nación vecina, pero situada más allá de las fronteras del imperio, enemiga secular de Roma.

Al sur de la provincia de Siria se halla la pequeña provincia, también romana, de Judea, con el gobernador Poncio Pilato al frente, quien será destituido de su cargo el año 36 d. C. El ejército de que dispone se reduce a un contingente de tropas auxiliares no superior a unos 4.000 o 5.000 hombres.

En Galilea y Perea, separando las dos provincias romanas citadas, ocupa el cargo de tetrarca, mandatario en todo similar a un rey, pero de una dignidad algo inferior, Herodes Antipas, quien gobierna un pequeño estado autónomo, semi-independiente, aunque formando parte de la estructura política del imperio romano. El ejército propio de que dispone este tetrarca es de unos 7.000 soldados. Una situación similar es el caso de la zona conocida hoy como los Altos del Golán, al este del lago de Genesaret, que entonces comprendía las regiones de Gaulanitis, Batanea, Traconitis y Auranitis. El ejército de su tetrarca Filipo no es superior al de su hermano Herodes Antipas, ambos personajes hijos del famoso Herodes el Grande, aunque procedentes de distinta madre. Este Filipo debió morir el año 33 o 34 d. C.

Al sur del territorio del tetrarca Filipo y ocupando prácticamente lo que hoy es Jordania se halla el reino Nabateo, cuya capital es la ciudad de Petra. Se trata de un estado en este caso independiente, aunque bajo el amparo y control del imperio romano. Su rey es Aretas IV, quien posee un ejército numeroso compuesto por unos 20.000 soldados¹.

¹ Para una visión general del Próximo Oriente en aquellos años puede consultarse: Sartre, 1991. Para los cálculos del contingente de tropas en los respectivos territorios, véase González Echegaray, 2010: 227-238, por lo que se refiere al ejército romano, y González Echegaray, 2007: 145-146, por lo que atañe a las tropas de los tetrarcas y del rey nabateo.

Por aquellos años el gobernador romano de Siria en nombre del emperador había firmado con el rey de los Partos, precisamente en un puente sobre el fronterizo río Éufrates, un tratado de no agresión, por lo que aparentemente reinaba en la zona una paz internacional. Pero todos los responsables políticos, incluidos los gobernadores romanos, odiaban sin embargo a un personaje casi insignificante por su poder territorial, pero convertido en confidente particular y directo del emperador Tiberio, de tal manera que, cuando los gobernadores romanos hacían las consultas pertinentes a Roma, ya Tiberio conocía el asunto según la versión que le había dado nuestro personaje en cuestión, que era ni más ni menos que el tetrarca Herodes Antipas. Digamos entre paréntesis que hasta el evangelio se hace eco de esa inquietante pero conocida situación. Dirá: “Aquél mismo día se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes estaban enemistados entre sí” (Lc 23, 12). Sin embargo, Herodes Antipas iba a cometer un error, que acabaría llevándole a la ruina, como enseguida vamos a ver de acuerdo con el relato de Josefo.

Precisamente para suavizar las relaciones entre los distintos mandatarios, en este caso entre Aretas y Antipas, aquél decidió utilizar el consabido método de los matrimonios entre las partes. Así ofreció su hija para que Antipas la aceptara como esposa, sellando de este modo la paz y tratando de que pasaran al olvido las asperezas políticas y los problemas territoriales que separaban a ambos estados. Y es aquí donde Josefo señala el torpe paso dado por Herodes Antipas. Había viajado éste a Roma, y allí residido en casa de otro medio hermano suyo, llamado también Herodes. Probablemente su nombre completo debió ser Herodes Filippo, y era un miembro más de la intrincada serie familiar de esa dinastía, donde había numerosos matrimonios dentro de la familia, y en la que se repetían hasta la saciedad los mismos nombres de persona. Este Herodes, vecino de Roma y dedicado solo a su vida privada, se hallaba casado con una pariente suya llamada Herodías, la cual resultaba ser sobrina del propio Antipas. Éste se enamoró de su bella y encantadora hospedera, a lo que no se opuso el propio marido, siempre que aquél estuviera dispuesto a contraer matrimonio legal con ella.

Con esta obsesiva idea, Herodes regresó a Galilea, para tratar de afrontar el problema del imprescindible divorcio con la hija del rey Aretas. Pero como este tipo de chismes corren con facilidad en los medios de la corte, la noticia de que Antipas, ya para entonces hombre muy maduro, había sido seducido en Roma por el encanto de su cuñada y sobrina y estaba dispuesto a casarse con ella, acabó llegando a los oídos de su legítima esposa. Ésta en secreto le pasó la noticia a su padre, el rey de los Nabateos. Ambos, padre e hija, prepararon entonces con habilidad la huida de ésta a la casa paterna en Petra. Ella, no dándose por aludida de la situación, solicitó a su marido permiso para pasar una temporada en el palacio-fortaleza de Maqueronte, junto al Mar Muerto, lugar muy cercano a la frontera del reino nabateo. Antipas, que esperaba ya de un momento a otro la inminente llegada de Herodías, vio el cielo abierto para evitar en la corte el conflicto directo y dio toda clase de facilidades a la petición de su esposa. El padre de ésta, que lo tenía todo planeado, arregló la huida de su hija desde Maqueronte a la ciudad de Petra, donde fue recibida con el cariño familiar. Sin embargo, la afrenta y humillación, provocada por el odiado tetrarca Herodes Antipas al rey de los Nabateos, no iba a quedar impune.



Es a partir de este momento cuando comienzan los celos de Antipas frente a Juan el Bautista, que predica y bautiza a orillas del Jordán dentro del territorio de la Perea, a su vez integrado, como hemos dicho, en el estado autónomo de la tetraarquía. Herodes Antipas sospechaba que el rigor del profeta y el gran prestigio de que disfrutaba en el pueblo pudieran volverse contra él. Josefo no da ulteriores explicaciones sobre el tema, pero el situar en este contexto el pasaje del Bautista nos induce a pensar que su arresto y posterior ejecución están íntimamente relacionados con el episodio de la boda del tetrarca con Herodías. Sin embargo, hay que recurrir a los evangelios para verlo declarado expresamente:

Es que Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel encadenado. El motivo era que Herodes se había casado con Herodías mujer de su hermano Filipo, y Juan le decía que no le era lícito tener a la mujer de su hermano (Mc 6, 17-18; cf. Mt 14, 3-4; Lc 3, 19-20).

Como consecuencia del repudio de la hija de Aretas por parte del tetrarca, aquél comenzó a tramar la venganza, estando dispuesto a acabar con su enemigo. En seguida surgieron de nuevo las viejas reclamaciones fronterizas y el rey de los Nabateos, buscando camorra para asestar un severo castigo al tetrarca, concentró sus tropas en torno a la localidad transjordana de Gamala. Existe una discusión técnica entre los comentaristas del texto y los historiadores sobre la identificación de este lugar, tema en el cual no vamos a entrar aquí (cf. González Echegaray, 2007: 144-145). Según nuestra opinión se trata de la conocida ciudad del Golán llamada Gamala, de suyo en territorio perteneciente en teoría a la tetraarquía de Filipo, pero sobre cuyos derechos de propiedad, sin que sepamos bien las razones, discutían desde hacía tiempo nabateos y galileos. Aquí es donde se iba a producir el estallido del choque, todo ello con la connivencia del tetrarca Filipo, que tampoco se llevaba bien con su vecino y hermano. De hecho, Josefo sugiere que fueron unos oficiales del ejército de Filipo quienes, integrándose en las tropas de Antipas como aliados y colaboradores, traicionaron a éste en favor de Aretas.

La batalla resultó catastrófica para Herodes Antipas, quien, si hubiera sido un hombre sensato, nunca debiera haberse atrevido a salir al encuentro de un rey, el cual venía a él con un ejército que doblaba en efectivos al suyo propio, sino haber tomado la decisión de mandar emisarios con vistas a un alto el fuego y un tratado de paz, por muy humillante que resultara. Ésta es la situación que con tanta exactitud refleja la parábola lucana.

El pueblo de la tetraarquía se conmovió ante tan aparatosa derrota bélica, que, desde ahora no iba a ser más que el comienzo de presiones y amenazas del vecino reino nabateo. Por su parte, todo el mundo en el Próximo Oriente quedó también impactado ante tan espectaculares acontecimientos. Las gentes del país decían que se trataba de un castigo de Dios, debido al atrevimiento de Antipas encarcelando y dando muerte al profeta llamado Juan el Bautista. De ahí que reclamaran ahora responsabilidades a su tetrarca.

En esta ocasión de tremenda crisis y desconcierto total, Antipas no se dio por vencido y, valiéndose de su extraña amistad con el mismísimo emperador, acudió a



él, enviándole una notificación de lo que Aretas había hecho. Tiberio, ya anciano, enfermo y siempre malhumorado y suspicaz, reaccionó en este caso con gran violencia contra el rey nabateo. Fue entonces cuando envió una orden al gobernador Vitelio para que atacara con sus tropas a ese reino árabe, capturando al rey Aretas y enviándolo a Roma cargado de cadenas, o el trofeo de su cabeza en el caso de que fuera muerto en el combate.

Vitelio, testigo directo de todo lo que ocurría en oriente, y enemigo declarado del intrigante Antipas, dando una respuesta a Roma de que acataba la orden del emperador, se tomó el enojoso asunto de muy mala gana y con toda la tranquilidad del mundo. Se trataba de declarar la guerra al reino nabateo y de conquistar al fin la prácticamente inexpugnable capital, Petra, ciudad aislada y rodeada de montañas en el confín del desierto. Preparó un ejército, compuesto fundamentalmente por dos legiones y las correspondientes tropas auxiliares, en total unos 20.000 hombres, y así penetró en Galilea, sin duda con una gran complacencia por parte de Antipas, que veía en los soldados romanos las poderosas fuerzas destinadas a desagraviar su humillación.

Desde el sur de Galilea el ejército romano, que portaba todas las enseñas militares, algunas de las cuales eran consideradas por los judíos como afrentosas a su religión, recibió la orden de no atravesar el territorio de Judea propiamente dicha, y, descendiendo al valle del Jordán, siguió el curso de este río por su ribera izquierda atravesando el territorio de la Perea. Era la primavera del año 37 d. C., y los soldados y sus máquinas de guerra se desplazaban lentamente en dirección del Mar Muerto, para después continuar hacia Petra. Prueba de ello es que su comandante en jefe y gobernador de la provincia, Lucio Vitelio, abandonando temporalmente el mando de sus tropas, se dirigió a Jerusalén, donde se estaban celebrando las grandes fiestas de la Pascua, para disfrutar de unos días de descanso y gozar de la novedad y brillantez de las costumbres judías en torno a su famosísimo templo. Fue entonces cuando llegaron allí los correos imperiales, dando cuenta del fallecimiento de Tiberio.

Vitelio respiró satisfecho y apenas le faltó un momento para transmitir a los oficiales de su ejército, que procedieran inmediatamente a devolver las tropas a sus cuarteles en la provincia de Siria, pues la guerra contra el reino nabateo se daba ya por concluida aun sin haber empezado. Cabe imaginar el desconsuelo de Herodes Antipas, a quien ahora la mala suerte le impedía dar satisfacción a su vanagloria y espíritu de venganza.

Aquí concluye la historia de Josefo, ahora glosada por nosotros, en torno a la desgraciada aventura amorosa de Herodes Antipas. Todavía, pero ya más adelante en XVIII, 240-256, el historiador narrará la coda final de la historia del tetrarca. Por instigación de su sobrino Herodes Agripa I, por cierto hermano de Herodías, Antipas había sido acusado ante el nuevo emperador Calígula. Trasladado a Italia, Herodes Antipas se entrevista en la Campania con el emperador, quien le destituirá fulminantemente y le mandará al destierro en las Galias. Aquí al fin se instalará en una pequeña ciudad del Pirineo, cerca de la frontera con Hispania, donde terminará sus días.

La cronología exacta de los hechos narrados por Josefo resulta a veces imprecisa y, por tanto, discutible. Tenemos, no obstante, una fecha segura, que es la muer-



te del emperador Tiberio el 16 de Marzo del año 37 d. C. Sin que aún hubiera transcurrido un mes, llegaba la noticia al gobernador Vitelio, estando éste en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua. La situación excepcional de extrema gravedad obligaba entonces a que una noticia como ésta fuera de inmediato transmitida a los gobernadores de todas las provincias. Esto se hacía a través de los correos imperiales, que, a caballo y relevándose en las postas (*mansiones*), llevaban la nueva en pocos días hasta los confines del imperio. Pero éste no era el procedimiento habitual de transmitir mensajes, correspondencia y disposiciones gubernamentales, que, por lo que se refiere a las provincias del oriente, se hacía normalmente por vía marítima. El tráfico naval, sin embargo, estaba restringido a solo seis meses en el año, debido a las limitadas condiciones de la navegación de entonces. De todos modos, en plena temporada buena, una nave que partía de oriente, como era el caso de los puertos de Cesarea, Ptolemaida, Tiro o la misma Seleucia de Antioquía, venía a tardar unos tres meses en arribar a los puertos de Italia conectados con Roma, como Putteoli y Ostia. El viaje de vuelta desde éstos a los puertos de Asia se hacía en mucho menos tiempo, debido a la dirección predominante de los vientos en el Mediterráneo durante el verano.

Resulta, pues, que si a comienzos de la primavera del año 37 ya estaba en marcha un poderoso ejército para hacer la guerra a los nabateos, la campaña tenía que estar planeada el verano anterior, pues una contienda bélica comprometida, como era la que había de llevarse a cabo contra Petra, implicaba la confección de un cuidadoso proyecto, que incluía el empleo de espías para conocer la situación del enemigo, la preparación y traslado de las distintas tropas desde sus cuarteles de invierno, algunos de ellos tan apartados como los que se hallaban en las riberas del Éufrates, y, sobre todo, la necesidad de un plan de ataque viable que en este caso tuviera en cuenta el fuerte contingente de fuerzas del enemigo y la excepcional situación estratégica de la capital nabatea, que hasta entonces la había hecho inexpugnable, como lo sería aún en el futuro, hasta que bastantes años después, en tiempos del emperador Trajano, cayera por fin en manos de los romanos el año 106 d. C.

Es muy probable, pues, que la fecha en que llegó a Siria la orden del emperador Tiberio de hacer la guerra a los nabateos fuera, como tarde, a principios del verano del 36 d. C. y muy probablemente el año anterior, el verano u otoño del 35 d. C., dados el retraso intencionado y la lentitud calculada con que Vitelio actuaba, a causa de su resistencia a inmiscuirse en el conflicto. Estaríamos precisamente en el mismo año de la llegada de Vitelio a su nueva provincia, que acaso estaba conectada con la misión de llevar a cabo aquella la guerra.

Piénsese que la petición de auxilio por parte de Herodes Antipas habría llegado a Roma seguramente el año 34 d. C., y que, por tanto, la contienda bélica entre ambos reyes podría haber sido tal vez el verano del año 33 o 32 d. C., en todo caso antes de la muerte del tetrarca Filipo en el 33 o 34, ya que del texto de Josefo parece deducirse que en aquél momento vivía aún ese mandatario. Por otra parte, para entonces ya había sido ejecutado hacía algún tiempo el profeta Juan el Bautista, puesto que el pueblo achacaba los desastres políticos y la derrota bélica de Antipas a esta circunstancia, como castigo de Dios. Así, la fecha del año 29 para la muerte del Bautista, colegida de los textos evangélicos, podría, pues, coincidir con lo que se deduce de la información de Josefo.



Ahora bien, aunque a veces se ha barajado la fecha del 33 para la muerte de Jesús, casi todos los comentaristas están hoy de acuerdo en que debió ser en la pascua del año 30 d. C., lo que quiere decir que la parábola de Jesús aludiendo a la guerra de los dos reyes en cuestión, se anticipa en el tiempo a la realidad de los hechos.

Normalmente se piensa que el género literario parabólico de los evangelios procede originariamente de la propia predicación de Jesús y no es simple fruto de la elaboración literaria de los evangelistas. Dice un conocido estudioso de la figura histórica de Jesús: “El hecho de que en la tradición sinóptica abunden las parábolas y aparezcan distribuidas por todas las fuentes, más la ausencia en el resto del NT de parábolas tan hábil y artísticamente elaboradas, constituyen un buen argumento para postular que muchas —si no todas— las de los Evangelios tienen su origen en la enseñanza de Jesús” (Meier, 1997-2009: II, p. 193, ver también p. 234). Sin embargo, es evidente —lo que se aprecia muy bien en Lucas— que existe en los evangelios una elaboración posterior de las parábolas hasta darles la forma actual, lo cual no excluye incluso que en ciertos casos alguna de tales parábolas haya podido ser compuesta por el propio Lucas (Guijarro, 2010: 361-362).

Ahora tenemos en esta parábola de la guerra entre los dos reyes la posible alusión a un hecho histórico, bien conocido en la región, pero que aún no había tenido lugar cuando presumiblemente aquella fue pronunciada por Jesús. Cabría pensar aquí precisamente en esa reelaboración lucana, que habría podido matizar y adaptar a la realidad de los acontecimientos allí producidos, unas palabras genéricas originarias de Jesús sobre un posible enfrentamiento bélico. Pero también podría suceder que la velada alusión a la contienda entre Antipas y Aretas procediera del mismo Jesús, ya que la situación de inminente guerra entre aquellos debía ser cosa conocida y comentada en el ambiente del país desde los días del repudio de la hija del segundo, y todo el mundo sabía que las tropas del monarca Aretas duplicaban en número a las del modesto ejército de Herodes Antipas.

Otra cuestión, de suyo más discutible y que por nuestra parte estimamos poco probable por resultar rebuscada, sería suponer que el propio Jesús, o en todo caso la intención que el texto de Lucas atribuye a Jesús, constituyera la plasmación de una verdadera amenaza de éste contra Herodes Antipas. Es cierto que, siguiendo puntualmente el evangelio lucano, en primer lugar se habla de que “el tetrarca Herodes, a quien Juan reprendía por el asunto de Herodías, esposa de su hermano, y por todas las maldades que había hecho, añadió a todas ellas la de encerrar a Juan en la cárcel” (Lc 3, 19-20). Más tarde se dice que el tetrarca ha mandado matar al profeta, y se pregunta quién es ahora este nuevo personaje religioso, llamado Jesús. “Herodes se decía: A Juan lo mandé decapitar yo. Quién es éste de quien oigo semejantes cosas. Y tenía ganas de verlo” (Lc 9, 9). Pero, como en el caso de Juan, esta en principio sana curiosidad por escuchar a Jesús va a empezar a transformarse en persecución con el fin de acabar con él. Son unos fariseos los que se acercan a Jesús y le dicen: “Sal y marcha de aquí, porque Herodes quiere matarte” (Lc 13, 31).

Es precisamente entonces cuando Jesús de alguna manera se enfrenta con el tetrarca llamándole zorro y declarando que sigue su viaje a Jerusalén no para huir de él, sino porque “no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén” (Lc 13, 32-33). En este contexto es donde aparece la parábola de la guerra entre los dos reyes, y



podría interpretarse como que Jesús hace lo que tiene determinado hacer, sin tener en cuenta las dudas y propósitos del tetrarca, ni las amenazas de que se repitiera ahora lo que un día se hizo con el Bautista. Es más bien el propio Herodes Antipas quien debe cuidarse de sí mismo dada la tensa situación internacional, ya que se encuentra —diríamos— en el ojo del huracán. ¿Cómo es posible que piense enfrentarse a Aretas careciendo, como todo el mundo sabe, de un buen ejército? Solo el orgullo y la obcecada pasión puede llevarle a la ruina total que le espera: “O qué rey si va a dar la batalla a otro rey no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que lo ataca con veinte mil? Y, si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz” (Lc 14, 31-32).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FITZMYER, J. A. (1986-2004): *El evangelio según San Lucas*, I-IV, Madrid.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (2001): *Jesús en Galilea*, 2ª ed. Estella.
- (2007): *Los Herodes. Una dinastía real de los tiempos de Jesús*, Estella.
- (2010): *Los Hechos de los Apóstoles y el mundo romano*, 2ª ed., Estella.
- (2012): *Flavio Josefo. Un escritor judío contemporáneo del Nuevo Testamento*, Salamanca.
- GUIJARRO, S. (2010): *Los Cuatro Evangelios*, Salamanca.
- MEIER, J. P. (1997-2009): *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico*, Estella.
- SARTRE, M. (1991): *El Oriente Romano*, Madrid.
- SMITH, B. T. D. (1937): *The Parables of the Synoptic Gospels*, Cambridge.